

## A MODO DE FINAL

Esta década de la poesía de Justo Jorge Padrón nos ha deparado la trayectoria de una creatividad en camino ascendente, cada vez más acrisolada, estremecida y plena de recursos.

Azares e incidencias vitales no han desviado el curso de una poesía que nació con afán de autenticidad y ecos de clasicismo. En ella, sin embargo, se han ido registrando con firmeza dos tonos diferentes—de salvación y destrucción—a medida que las circunstancias biográficas lo requerían.

Se produce cuantitativamente en la poesía de Justo Jorge Padrón una mayor presencia de lo doliente, lo desesperado y lo trágico frente a sus opuestos. De sus cinco libros, sólo *El abedul en llamas* y algunos poemas de *Los oscuros fuegos* están enteramente abiertos a la esperanza y la felicidad, mientras que *Otesnita* ofrece una primera parte cuya dicha sirve, ante todo, para reafirmar y acentuar la amargura final. *Mar de la noche* y, sobre todo, *Los círculos del infierno* son libros en donde el dramatismo y una visión desesperada de la realidad, visionaria o no, superan completamente cualquier atisbo de dicha o de placer.

Pues nos será preciso destacar que, aunque comunicadora y explícita, la poesía de Justo Jorge Padrón tiene el mérito de haber introducido una modalidad entre onírica y fabulosa del poema visionario. Esto comienza a producirse en *Mar de la noche* y se agudiza en *Los círculos del infierno*, manteniendo su presencia en los libros restantes. La visión es frecuentemente amedrentadora y sitúa al poema en esa zona mágica que desde el surrealismo ha venido siendo uno de los campos más indagados por la lírica contemporánea.

El sabor kafkiano de muchos de los mundos ilusorios representados en estos textos de Justo Jorge Padrón conlleva una búsqueda estética en el ámbito de la poesía. «Las metamorfosis» del ser humano en árbol, insecto o mineral indagan el antiguo universo de la mitología, poseyéndolo no de la imaginación de lo que ocurre en el Olimpo—en las lejanas vidas de los dioses—, sino aproximándolo al ser interno de los hombres, como algo que expresa la evolución interior de un individuo dominado por sentimientos sólo expresables de manera simbólica.

Esta revelación que el poema visionario introduce en la poesía española demuestra la posibilidad de mantenerse equidistante entre el equilibrado mundo de las tradiciones literarias y las indagaciones rupturistas.

Pues, efectivamente, a lo largo de estos cinco libros de tan diferente

paladeo, una sensación de serenidad, de riqueza vital y fuerte, se apodera del lector. Este mundo de desilusiones, afanes y desesperanzas no posee las características de la crueldad ni las implicaciones del horror. Una sensorialidad y una imaginación bien definidas equilibran, con sus atributos respectivos, la dureza esencial de su mensaje. Y creo que es en estas virtudes donde puede hallarse lo mejor de los elementos creativos de estos libros.

La poesía de Justo Jorge Padrón adquirirá así un valor de época, al constituirse en el elemento vértice a donde vienen a confluír las líneas que a partir de la generación del 70 se han ido desarrollando.

El espectro general de la última poesía española vendría dado por, al menos, tres tendencias: La tendencia culturalista, marcada a raíz de la publicación de *Arde el mar*, de Pedro Gimferrer. La tendencia intimista, que cultiva Antonio Colinas desde su libro *Preludios a una noche total*. Y, por último, la tendencia vanguardista, que se manifiesta desde *Cepo para nutria*, de Félix de Azúa.

Justo Jorge Padrón no está en ninguna de estas tres tendencias. Pero las equilibra con una poesía que tiene un indudable cuidado rítmico y estético, una evidente proyección intimista y, a la vez—sobre todo en el poema visionario—, una línea de indagación y de ruptura.

Con ello esta poesía se deslinda claramente de los poetas de la generación del 50, que se mueven más próximos al realismo que al onirismo. Incluso las *alucinaciones* de José Hierro tienen más de mágico (o de lo que hemos dado en llamar «realismo fantástico») que de visionarias. De modo que la verdadera introducción de esta fórmula poética correspondería, en la específica forma que aquí tiene, a *Mar de la noche* y *Los oscuros fuegos*, libros que interconectan todas las formulaciones últimas de la poesía posterior a 1969.

Esta equidistancia, que vertebra tendencias dispares, es definitoria en la lírica de Justo Jorge Padrón. Obtenemos, en la rápida ojeada al panorama actual, una confluencia sintética que aborda cada experiencia poética general integrándola en un mundo propio.

Pero si la síntesis es lo que da el valor histórico a la poesía de Justo Jorge Padrón, su valor intrínseco proviene de la sensorialidad. Su poesía mantiene en esta característica una constante básica, y se trata además de una sensorialidad referida a todos los sentidos, en la que participan por igual tacto y olfato, vista y gusto. Con ellos se capta lo exterior, y desde ellos, contando sus impresiones, comienza la escritura.

Esta escritura, no obstante, no se detiene ahí. Es sensorial, indiscutiblemente, pero su manera de captar exige un refinamiento de la sensa-

ción. La capacidad de relación metafórica—elevadísima en este poeta—transmuta el legado de los sentidos hacia una actitud intelectual. Los libros recogen datos y sensaciones percibidos por cada uno de los sentidos, pero luego esta percepción se intelectualiza, se convierte en una modalidad específica de reflexión de la realidad. No se aparta de ella, simplemente la piensa sensorializada. Cambia en sensación íntima las sensaciones sensoriales y saca de ello ideas, que es lo que nos comunica.

Esta escritura, por todo lo expuesto, podría definirse como una poesía cargada con enormes dosis de sensorialidad meditativa. Porque el trasfondo filosófico, la cualidad pensante del poeta, está siempre presente en los caudales de externidad que acarrearán sus sentidos.

De esta manera, la poesía de Justo Jorge Padrón crearía un grupo individualizado y propio en el conjunto del actual momento de la lírica española. Este quehacer literario podría denominarse «poesía sustantiva». Se distinguiría de este modo de la poesía discursiva, la esteticista o la de investigación vanguardista que practican otros poetas de la misma generación. Su mundo no procede de una concepción ideológica o de un desarrollo lingüístico determinado. No cabe enmarcarlo dentro de los poetas cívicos de la generación anterior, y menos aún en el discurso retórico en que han venido a dar la mayoría de los novísimos. No es un poeta de temática historicista, pero tampoco rompe bruscamente con el pasado literario, como intentan algunos radicalizados transformadores del lenguaje poético. En esto seguramente estriba gran parte del alcance y la notoriedad que esta síntesis poética ha obtenido entre nosotros.

Los grandes temas del tiempo, del amor, la soledad o la muerte siguen en pie en cada uno de sus libros. Hay en su obra, de depurado eclecticismo, una revelación tomada con gusto estético por lo cuidado de su forma y que, a la vez, transmite esa sensorialidad filtrada de conocimiento, rica en sabidurías y matices.

En sus distintos tonos de poesía emergente o poesía hundida, cuando nos habla con la voz de la esperanza o con la voz de la desesperación, nos encontramos siempre ante un poeta innato. Es más, el deleite y la elegía van tan unidos en él, que parecen un acto simultáneo, pese a que sabemos lejana esa semejanza. Y a esto cabe unir la transmisión razonada de los problemas del hombre en su existir meditativo.

Justo Jorge Padrón se sitúa en una peculiar manera de realización poética. Supera con ello la pura biografía, se deshace comunicándola de su experiencia personal y nos deja como lección un universo que a todos nos atañe. La interferencia del pensamiento en la vida se hace connatural en sus poemas y nos obliga a una interpretación de índole trascendente.

Por obra de todo ello, el lector es consciente de que estos cinco libros le otorgan una cosmovisión imprescindible en la lírica última. Experiencia y pensamiento han sabido conjugarse aquí como afluentes de un cauce que a todos es común. Justo Jorge Padrón, poeta del fuego y de la vida, sigue alentando para la poesía española el viejo agua innumerable de los antiguos ríos.

*PEDRO J. DE LA PEÑA*

Jorge Juan, 4  
VALENCIA-4

